

Meditación 3

Partían el pan por las **CASAS**



P. Juan Jaime Escobar Valencia, Sch. P.

“

Los creyentes vivían todos unidos
y lo tenían todo en común.

Eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles
y en compartir la vida,
partiendo el pan por las casas
y haciendo oración.»

(Hechos 2, 44.42).

Era el domingo 15 de marzo al caer la noche. Yo salí a la puerta de nuestra casa en el barrio popular en el cual vivimos en Bogotá. Una niña de unos ocho años que a esa hora jugaba con unos amigos, se me acercó y me preguntó si al otro día habría clases en el colegio. Yo le respondí que no, que el Presidente acababa de decir que las clases quedaban suspendidas hasta el 20 de abril y que, además, mandaba que los niños y jóvenes permanecieran en sus casas. “¿En mi casa?” —dijo la niña—. Y añadió: “¡Es el último lugar donde quiero estar!”.

Nos han mandado a todos a nuestras casas a pasar unos días de confinamiento, a algo que han llamado “una cuarentena por la vida”. Pero la dolorosa verdad es que, para muchos, sobre todo para muchos niños, niñas y adolescentes, sus casas han sido lugar de penas, maltratos, recuerdos traumáticos, abusos y violencia. La casa, el lugar donde habitan los seres queridos, no siempre es un refugio. A veces, es el lugar donde habita el dolor. Yo, que trabajo con niños, niñas y adolescentes, sé cuánto sufren por realidades de sus casas. Sus familias son su primer amor —aunque no siempre lo digan o lo expresen—; pero también son su primera preocupación y el lugar de sus primeras penas. Por eso, no es extraño que aunque amen ese lugar, huyan de él para estar en su colegio, o en el parque del barrio, o con amigos y amigas, o con el novio o la novia que les promete un amor mejor, o metidos en redes sociales, o absortos en sus juegos de video, o protegidos detrás de esos audífonos que les permiten abstraerse de las peleas y gritos que hay fuera, o encerrados en sus habitaciones o en sus sueños o en sus fantasías o en sus ganas de no vivir más y darse por vencidos. Y justo los envían a quedarse ahí. Lo que tendría que ser el lugar del amor incondicional, es para muchos el lugar del sufrimiento. En palabras de una niña de barrio: “¡El último lugar donde quiero estar!”

En este momento pienso en las niñas manoseadas por quienes tendrían que protegerlas, en los muchachitos usados por quienes tenían la obligación de conservarlos sanos y alegres, en las chicas que tienen que escuchar de labios de sus propias madres frases tan duras como “usted es el problema de esta casa, usted es lo peor, usted es el mayor error de mi vida”. Pienso en los niños que oyen destruirse el hogar de pelea en pelea, de discusión en discusión, de golpe en golpe, de

borrachera en borrachera y de amenaza en amenaza de que esta vez sí nos vamos a separar. Pienso en quienes ven impotentes cómo es golpeada su mamá o humillada a fuerza de gritos e insultos, o cambiada por la otra que está más joven y a la que se le da más plata. Y no son sólo los niños y los jóvenes. ¡Cuántos padres y madres sufren la indiferencia o el maltrato de sus hijos, o cargan con el inmenso peso de los vicios tempranos en los que los muchachos se meten sin calcular cuánto daño harán! Y pienso en el dolor de los ancianos arrinconados e ignorados o tratados como material de descarte. En fin, ¡cuánto dolor pasa por las casas! Y justo ahí nos han mandado a confinarnos.

En los primeros tiempos de la vida cristiana, cuando no había templos ni santuarios, el lugar de la fe eran las casas. Era en las casas donde se tenía un solo corazón y una sola mente, donde todos permanecían unidos y lo tenían todo en común. Las casas eran el lugar para aprender las enseñanzas de Jesús transmitidas por los apóstoles, y el lugar privilegiado donde se ponía en práctica el mandamiento de tener a Dios como primer amor y de amar al prójimo como a sí mismo. Las casas eran, incluso, el lugar de la Eucaristía, pues era allí donde se reunían el primer día de la semana para partir el pan, recordando el gesto con el que Jesús nos había entregado su Cuerpo y su Sangre, alimento y bebida de vida eterna. Y fue en las casas donde, mucho tiempo antes de que hubiera lugares de culto, se guardó la reserva del pan partido para destinarla a los cristianos prisioneros o enfermos y se cayó en la cuenta de que delante de aquella presencia inefable se podía orar y se podía, aún más, adorar la Divina cercanía del Señor en medio de nosotros, en nuestra propia casa. Sí, había amor y esperanza por las casas, había solidaridad y hermandad, había fe y bondad, y partían el pan como quien comparte lo mejor que tiene, como quien comparte la presencia viva de Dios. Todo sucedía en ese lugar humilde e íntimo que eran las casas.

Pues bien, ya que esta realidad actual nos ha enviado a todos a nuestras casas, ¿por qué no aprovechamos para transformarlas en lugares luminosos, auténticos, bellos y llenos de bondad? Al fin de cuentas, por las próximas semanas, todo lo que nos tenga que pasar, habrá de pasar por las casas. Así las cosas, se me ocurren algunas recomendaciones:

- Siente como si tu casa dependiera de ti, como si el clima, la armonía, los afectos, las presencias, los bienes, las comodidades muchas o pocas, los servicios grandes y pequeños, dependieran de ti. No te comportes como el huésped a quien deben atender, sino como quien se pone al servicio de los demás para hacer de la casa una hermosa casa.
- Cuida tus palabras, piensa antes de hablar, no reacciones de manera impulsiva ni desahogues tus temores o angustias o ansiedades con los demás. Pregúntate siempre por el bien que hagan tus palabras y por el amor que éstas transmitan, y no te permitas decir nada que ofenda o contriste o dañe a alguien.
- No te dejes arrastrar por tus estados emocionales. No te hundas en la tristeza, no explotes en los enojos, no te aísles en los aburrimientos. Recuerda que estamos conectados, que estamos más juntos que nunca y que lo estaremos por muchos días y que, justamente por ello, debemos protegernos y proteger a los demás de los arranques impulsivos.
- Esfuérzate por ofrecer gestos de cariño. Por unas semanas no podremos acudir a la ternura de los demás, de amigos y amigas, de novios y novias. Por unas semanas, sólo nos tendremos unos a otros, los que hacemos parte de una misma casa. Por eso, es dentro de esa casa donde deben abundar los detalles, los afectos, las miradas dulces, las caricias puras e inocentes, los hermosos deseos.
- Vive sin hacer daño y sin dejarte hacer daño. Únete a todos para hacer una tregua por la vida. Aprovecha para proponer la reconciliación y, mejor aún, para darle una oportunidad al perdón, para sanar rencores, para dejar atrás resentimientos y, sobre todo, para cambiar la manera de vivir en casa, haciendo de cada casa un santuario donde se sienta la presencia del verdadero amor, la presencia misma de Dios.
- Vive cada día con la conciencia de que podrías perder a esas personas que hoy tienes y, por eso mismo, cuida el buen trato, cultiva las relaciones, mantén bellas conversaciones, cuéntales tu amor y obséquiales lo mejor de ti.

- Júntate con los demás para orar, para pedir sabiduría para los gobernantes, ciencia para los investigadores, piedad y fortaleza para los que siguen trabajando y cuidando de todos, y para dar gracias por cada día de vida que tenemos, por cada vida que se logra salvar.
- Y ya que están cerrados los templos, ponte a la mesa con los tuyos y parte el pan, como quien parte y comparte su corazón, como quien parte y comparte su fe, como quien parte y comparte su esperanza, como quien al partir el pan siente el triunfo del amor.
- ¡Ah! Y una última cosa... No justifiques con la realidad de esta crisis el descuido de ti mismo. Todo lo contrario, cuídate. Lee buenos libros, piensa buenos pensamientos, oye buena música, pronuncia buenas palabras. Y arréglate bien, perfúmame, embellécete y ponte deslumbrante para los tuyos, para que resplandeciendo tú, resplandezca también toda tu casa.

Quien quita. A lo mejor esta tragedia nos deja algo bueno: la salvación de nuestras casas. Quizá en unos meses, aquella niña me diga que su casa es el lugar donde ella más quiere estar, porque su casa es la antesala de la plenitud, el paraíso del amor y de la paz.



Hermanos:

Tengan un amor sin ficciones:

aborrezcan lo malo y apéguese a lo bueno.

Como buenos hermanos, sean cariñosos unos con otros,
rivalizando en la mutua estima.

En la acción no se echen atrás;

en el espíritu manténganse fervientes,

siempre al servicio de Dios.

Que la esperanza los mantenga alegres,

permanezcan enteros en las dificultades

y constantes en la oración.

Sean solidarios de las necesidades de los demás,

esmérense en la hospitalidad.

Bendigan a los que los persigan, nunca maldigan.

Con los que están alegres, alégrense;

con los que lloran, lloren.

Tengan un solo corazón y una sola alma.

No piensen en grandezas.

Sean humildes.

No muestren suficiencia.

No se dejen vencer por el mal.

Venzan el mal a fuerza de bien.»

(Romanos 12, 9-16. 21)



®

Orden Religiosa de las Escuelas Pías

ESCOLAPIOS NAZARET

"Educación en Piedad y Letras"